TRECE A CENTAURO

J. G. Ballard



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Abel sabía

Tres meses antes, justo antes de cumplir dieciséis años, lo había adivinado, pero se había sentido demasiado inseguro de sí mismo, demasiado abrumado por la lógica de su descubrimiento, para mencionárselo a sus padres. En ocasiones, cuando yacía semidormido en su litera, mientras su madre canturreaba para sí alguna de las viejas canciones, reprimía deliberadamente la idea; pero siempre volvía, fastidiándolo con su insistencia, forzándolo a echar por la borda todo lo que durante largo tiempo había considerado corno el mundo real.

Ninguno de los otros jóvenes de la Estación podía ayudarlo. Estaban inmersos en los entretenimientos del Cuarto de Juego, o mordiendo lápices mientras hacían sus pruebas y deberes

- Abel, ¿qué te pasa? - lo llamó Zenna Peters, desde atrás, mientras él se dirigía distraídamente hacia el depósito vacío de la Cubierta D. - Pareces triste otra vez.

Abel vaciló al contemplar la sonrisa cálida y perpleja de Zenna, luego deslizó las manos en los bolsillos y se escabulló, saltando la escalera de metal para asegurarse de que ella no lo siguiera. Una vez Zenna se había escurrido subrepticiamente en el depósito sin invitación y él había arrancado la bombita del enchufe, haciendo añicos casi tres semanas de condicionamiento. El doctor Francis se había puesto furioso.

Mientras se apresuraba por el corredor de la Cubierta D, escuchó con atención buscando trazas de la presencia del doctor, que últimamente no le quitaba los ojos de encima, vigilándolo con astucia por entre los modelos plásticos del Cuarto de Juego. Tal vez la madre de Abel le hubiera contado de su pesadilla, de cuando él se despertaba empapado de sudor y de terror, con la imagen de un opaco disco ardiente fija ante sus ojos.

Si al menos el doctor Francis pudiera curarlo de ese sueño.

A intervalos de seis metros, mientras avanzaba por el corredor, debía trasponer una compuerta hermética, y sus manos tocaban vanamente las pesadas cajas de control ubicadas a ambos lados de la puerta. Desenfocando con deliberación la mente, Abel identificó algunas de las letras que aparecían encima de los interruptores

M-T-R SC-N

pero se confundieron en un borrón tan pronto como trató de leer la frase completa. El condicionamiento era demasiado poderoso. Después de que él había atrapado a Zenna en el depósito, ella pudo leer algunos de los rótulos, pero el doctor Francis se la había llevado con tanta presteza que ni siquiera tuvo tiempo de repetirlos. Horas más tarde, cuando Zenna volvió, no recordaba nada.

Como siempre que entraba al depósito, esperó algunos segundos antes de encender la luz, mientras veía frente a él el pequeño disco de luz ardiente, que en sus sueños se expandía hasta llenar su cerebro como mil luces de arco. Parecía interminablemente distante, aunque de algún modo misterioso, potente y magnético, y despertaba adormecidas zonas de su mente, muy próximas a las que respondían a la presencia de su madre.

Cuando el disco comenzó a expandirse, oprimió el interruptor.

Ante su sorpresa, el cuarto siguió sumido en la oscuridad. Manipuló torpemente el interruptor, y un leve gritó surgió de sus labios contra su voluntad.

De pronto se encendió la luz.

- Hola, Abel - dijo el doctor Francis con soltura, mientras su mano derecha colocaba la lamparita en su lugar - Ha sido todo un shock.

Se apoyó contra una canasta de metal

- Pensé que podríamos tener una charla sobre tu trabajo de composición.

Extrajo una carpeta de su traje de plástico blanco, en tanto que Abel se sentaba con rigidez. A pesar de su sonrisa insulsa y de sus ojos amistosos, había algo en el doctor Francis que hacía que Abel se pusiera en guardia.

¿Tal vez el doctor Francis también lo sabía?

- La Comunidad Cerrada - leyó el doctor Francis en voz alta -. Es un extraño tema para una composición, Abel.

Abel se encogió de hombros.

- El tema era a elección. ¿Acaso no se espera que elijamos algo inusual?

El doctor Francis hizo una mueca.

- Es una buena respuesta. Pero en serio, Abel, ¿por qué elegiste un tema como ése?

Abel deslizó los dedos sobre los cierres del traje. No tenían ninguna utilidad, pero soplando a través de ellos era posible inflar el traje.

- Bien, es una especie de estudio de la vida en la Estación, de cómo son las relaciones entre nosotros. ¿Sobre qué otra cosa se puede escribir?... No me parece que sea un tema tan extraño.

- Tal vez no lo sea. No hay motivo para que no escribas acerca de la Estación. Los otros cuatro también lo hicieron. Pero titulaste tu trabajo «La Comunidad Cerrada». La Estación no es cerrada Abel... ¿O sí?

- Es cerrada en el sentido de que no podemos ir afuera - explicó Abel con lentitud -. Eso es todo lo que quise decir.

- Afuera - repitió el doctor Francis -. Es un concepto interesante. Debes haber meditado mucho sobre el tema. ¿Cuándo empezaste a pensar de este modo?

- Después del sueño - dijo Abel. El doctor Francis había malentendido deliberadamente su uso de la palabra «afuera», y Abel buscó algún medio de ir al grano. Palpó en su bolsillo la pequeña plomada que siempre llevaba con él.

- Doctor Francis, tal vez pueda explicarme algo. ¿Por qué gira la Estación?

- ¿Gira? - el doctor Francis lo miró, interesado -. ¿Cómo lo sabes?

Abel se estiró y ató la plomada al puntal del techo.

- El espacio entre la bola y la pared es aproximadamente un octavo de pulgada mayor en la base que en la cúspide. La fuerza centrífuga la desvía hacia afuera. He calculado que la Estación gira a alrededor de sesenta centímetros por segundo.

El doctor Francis asintió pensativamente.

- Es casi correcto - dijo con naturalidad. Se puso de pie. Acompáñame a mi oficina. Parece que ha llegado el momento en que tú y yo debemos tener una seria conversación.

La Estación tenía cuatro niveles. Los dos inferiores contenían los alojamientos de la tripulación, dos cubiertas circulares de cabinas que albergaban a las catorce personas a bordo de la Estación. El clan de mayor categoría era el de los Peters, encabezado por el capitán Theodore, un hombre grande y severo, de carácter taciturno, que salía de Control en contadas ocasiones. A Abel jamás se le había permitido entrar allí, pero Matthew, el hijo del capitán, le había descripto a menudo la silenciosa cabina en forma de cúpula llena de diales luminosos y luces centelleantes, el extraño zumbido musical.

Todos los miembros masculinos del clan Peters trabajaban en Control: el Abuelo Peters, un viejo de cabello blanco y ojos jocosos, había sido capitán antes de que Abel naciera, y junto con la esposa del capitán y Zenna, constituía la élite de la Estación.

Los Granger, sin embargo, el clan al que pertenecía Abel, eran en muchos aspectos más importantes, tal como Abel había empezado a advertir. El funcionamiento cotidiano de la Estación, la minuciosa programación de ejercicios de emergencia, órdenes del día y menús para la proveeduría eran responsabilidad de su padre, Matthias, y sin su mano firme pero flexible los Bakers, que limpiaban las cabinas y estaban a cargo de la proveeduría, no hubieran sabido qué hacer. Y solo gracias a la deliberada confusión de horarios de Recreación que su padre había planeado se reunían los Peters y los Baker, pues de otro modo ambas familias hubieran permanecido indefinidamente en sus cabinas.

Por fin, estaba el doctor. Francis. No pertenecía a ninguno de los tres clanes. A veces Abel se preguntaba de dónde había venido el doctor Francis, pero su mente siempre se obnubilaba

ante esta clase de preguntas, pues los bloques de condicionamiento aislaban como muros de contención las etapas de sus ideas (la lógica era una herramienta peligrosa en la Estación). La energía y la vitalidad del doctor Francis, su permanente buen humor -en cierto sentido, era la única persona de la Estación que hacía bromas alguna vez- no condecían con el temperamento de los demás. A pesar de lo mucho que le disgustaba el doctor Francis algunas veces por su costumbre de andar husmeando y por ser un sabelotodo, Abel se daba cuenta de que la vida en la Estación sería espantosa sin él.

El doctor Francis cerró la puerta de su cabina e indicó una silla a Abel. Todos los muebles de la Estación estaban asegurados al piso, pero Abel advirtió que el doctor Francis había desatornillado su silla para poder inclinarla hacia atrás. El enorme cilindro a prueba de vacío del tanque en el que dormía el doctor Francis sobresalía de la pared, con su masiva estructura de metal que podía soportar cualquier accidente que sufriera la Estación. Abel aborrecía la idea de dormir en el cilindro -afortunadamente, todos los alojamientos de la tripulación eran a prueba de accidentes- y se preguntaba por qué motivo el doctor Francis habría elegido dormir solo en la Cubierta A.

- Dime, Abel - comenzó el doctor Francis - ¿se te ha ocurrido preguntarte alguna vez por qué está aquí la Estación?

Abel se encogió de hombros.

- Bien - dijo - está proyectada para mantenernos con vida, es nuestro hogar.

- Sí, es verdad; pero obviamente tiene algún otro propósito además de nuestra supervivencia. En primer lugar, ¿quién crees que la construyó?

- Supongo que nuestros padres, o nuestros abuelos. O sus abuelos.

- Bastante correcto. ¿Y adónde estaban antes de construirla?

Abel luchó con esta reductio ad absurdum.

- No sé - dijo - ¡deben haber estado flotando en el aire!

El doctor Francis unió su risa a la de él.

- Una idea maravillosa. En realidad no está muy lejos de la verdad. Pero no podemos aceptarla así como así.

La serena actitud del doctor Francis le dio una idea.

- ¿Tal vez vinieron de otra Estación? - dijo Abel -. ¿De una Estación aún mayor?

El doctor Francis asintió estimulándolo.

- Brillante, Abel. Una deducción magnífica. Muy bien, supongamos eso: en alguna parte, muy lejos de nosotros, existe una enorme Estación, quizá cien veces más grande que ésta, tal vez mil veces mayor. ¿Por qué no?

- Es posible - admitió Abel, aceptando la idea con sorprendente facilidad.

- Bien. Ahora recuerda tu curso de mecánica avanzada... el imaginario sistema planetario, con cuerpos en órbita, que se mantienen unidos por medio de su mutua atracción gravitacional... ¿lo recuerdas? Bien, supongamos aún más, que ese sistema existe en realidad... ¿está bien?

- ¿Aquí? - dijo Abel con rapidez -. ¿En su cabina? ¿En su cilindro para dormir?

El doctor Francis se recostó en su silla.

- Abel, se te ocurren cosas sorprendentes. Interesante asociación de ideas. No, el sistema es demasiado grande para estar aquí. Trata de imaginarte un sistema planetario girando en una órbita alrededor de un cuerpo central de tamaño absolutamente enorme, cada planeta un millón de veces más grande que la Estación.

Cuando Abel asintió, el doctor prosiguió.

- E imagina que la gran Estación, la que es mil veces más grande que ésta, estuviera unida a uno de esos planetas, y que sus tripulantes decidieron ir a otro planeta. De modo que construyen una Estación más pequeña, del tamaño de la nuestra, y la lanzan a través del espacio. ¿Tiene sentido?

De algún modo muy extraño, los conceptos completamente abstractos le parecían menos irreales que lo que había esperado. En las profundidades de su mente se agitaban desvaídos recuerdos, relacionados con lo que ya había adivinado acerca de la Estación. Miró con fijeza al doctor Francis.

- ¿Está insinuando que eso es lo que está haciendo la Estación? - preguntó -. ¿Qué el sistema planetario existe?

El doctor Francis asintió.

- Casi lo habías adivinado antes de que te lo dijera. Inconscientemente, lo has sabido desde hace años. Dentro de unos minutos voy a quitarte algunos bloques de condicionamiento, y cuando te despiertes, dentro de un par de horas, comprenderás todo. Entonces sabrás que la Estación es en realidad una nave espacial, que vuela desde nuestro hogar, el planeta Tierra, donde nacieron nuestros padres, hacia otro planeta a millones de millas de distancia, en otro sistema orbital. Nuestros abuelos siempre vivieron en la Tierra, y nosotros somos las primeras personas que emprenden un viaje así. Puedes sentirte orgulloso de estar aquí. Tu abuelo, que se ofreció voluntariamente para el viaje, era un gran hombre, y nosotros tenemos que hacer todo lo que podamos para que la Estación siga en marcha.

Abel asintió con rapidez.

- ¿Cuándo llegaremos allí... al planeta hacia el que nos dirigimos?

El doctor Francis se miró las manos y su rostro se ensombreció.

- Jamás llegaremos, Abel. El viaje es demasiado largo. Este es un vehículo espacial multigeneracional: solo nuestros hijos llegarán allí, y para entonces, ya serán viejos. Pero no te preocupes, seguirás pensando en la Estación como en tu único hogar, y es deliberado, para que tú y tus hijos sean felices aquí.

Se dirigió hacia la pantalla del monitor de TV por medio del cual se mantenía en contacto con el Capitán Peters, y sus dedos juguetearon con los botones de los controles. Repentinamente, la pantalla se iluminó y un relámpago de intensos puntos de luz estalló en la cabina, arrojando una brillante fosforescencia sobre las paredes y salpicando las manos y el traje de Abel. Atónito, Abel contempló los enormes globos de fuego, aparentemente petrificados en medio de una gigantesca explosión, suspendidos en el aire y formando vastos dibujos.

- Esta es la esfera celeste - explicó el doctor Francis - el campo estelar donde se mueve la Estación.

Señaló una brillante mancha de luz en la mitad inferior de la pantalla.

- Esto es Alfa del Centauro, la estrella alrededor de la cual gira el planeta en el que la Estación se apoyará algún día.

Se volvió hacia Abel.

- Recuerdas todos estos términos que estoy empleando, ¿no es cierto, Abel? Ninguno te parece extraño.

Abel asintió, y las fuentes de su memoria inconsciente inundaban su mente a medida que el doctor Francis hablaba. La pantalla de TV quedó en blanco para luego revelar otra escena. Aparentemente, contemplaban desde arriba una enorme estructura en forma de trompo, desde cuyo centro sobresalían los flancos de una torre metálica. En el fondo, el campo estelar rotaba lentamente en la misma dirección que las agujas del reloj.

- Esta es la Estación - explicó el doctor Francis - vista desde una cámara montada en el cabezal de proa. Todos los controles visuales deben hacerse en forma indirecta, ya que de otro modo la radiación estelar nos cegaría. Justo debajo de la nave verás una estrella sola, el Sol, de donde partirnos cincuenta años atrás. Ahora es apenas visible a causa de la distancia, pero el disco ardiente que ves en tus sueños es un profundo recuerdo heredado de él. Hemos hecho lo posible para borrarlo, pero todos lo vemos a nivel inconsciente.

Accionó el interruptor del aparato y el brillante diseño de luces vaciló y se esfumó.

- La estructura social de la nave es mucho más compleja que la mecánica, Abel. Hace ya tres generaciones que la Estación partió, y los nacimientos, matrimonios y otra vez nacimientos se han sucedido exactamente de acuerdo con lo programado. Como heredero de tu padre, se te demandará mucha paciencia y comprensión. Cualquier desunión provocaría un desastre. Los programas de condicionamiento solo están equipados para darte un esbozo general del curso a seguir. Lo más importante quedará a tu cargo.

- ¿Usted estará siempre aquí?

El doctor Francis se puso de pie.

- No, Abel. Ninguno de nosotros vivirá para siempre. Tu padre morirá, y también el capitán Peters, y yo mismo.

Se dirigió hacia la puerta.

- Ahora iremos a Condicionamiento. Dentro de tres horas, cuando despiertes, descubrirás que eres un hombre nuevo.

De regreso a su cabina, el doctor Francis se reclinó cansadamente contra la mampara, palpando con los dedos los pesados remaches, un poco descascarados en los lugares donde el metal se había oxidado. Fatigado y desalentado, encendió el aparato de TV y contempló con mirada ausente la última escena que le había mostrado a Abel, la vista frontal de la nave. Estaba a punto de seleccionar otro cuadro cuando advirtió una sombra oscura que oscilaba sobre la superficie del casco.

Se inclinó hacia adelante, para examinarla, frunciendo el ceño con fastidio cuando la sombra se alejó

lentamente hasta perderse entre las estrellas. Oprimió otro botón y la pantalla se dividió en un gran tablero de ajedrez, de cinco cuadros de longitud por cinco de ancho. Control aparecía en la hilera superior, la cubierta principal de navegación y pilotaje iluminada por el atenuado resplandor de los paneles de instrumentos; el capitán Peters, impasible, estaba sentado ante la pantalla de navegación.

A continuación, contempló cómo Matthias Granger comenzaba su inspección vespertina de la nave. La mayoría de los tripulantes parecían razonablemente felices, pero sus rostros carecían de vitalidad. Todos pasaban al menos dos o tres horas diaria bajo la luz ultravioleta que inundaba la sala de recreación, pero la palidez persistía, tal vez como manifestación de la convicción inconsciente de que habían nacido, y estaban viviendo, en el lugar que también sería su tumba. Sin las continuas sesiones de condicionamiento y la reanimación hipnótico de las voces subsónicas, ya se habrían convertido en autómatas despojados de voluntad.

Apagando el receptor, el doctor Francis se aprestó a introducirse en su cilindro de dormir, la toma de aire tenía un metro de diámetro, a la altura de la cintura. El obturador temporal estaba en cero, y lo movió hasta que marcó doce horas, ubicándolo de tal modo que solo pudiera abrirse desde adentro. Cerró la toma de aire y gateó sobre el mullido colchón; cerró la puerta de golpe.

Tendido bajo la débil luz amarilla, deslizó los dedos por el enrejado de ventilación dé la pared trasera, conectó el enchufe, y lo giró con fuerza. En algún lado, un motor eléctrico zumbó brevemente, la pared terminal del cilindro se abrió con lentitud como la puerta de una cripta, y la brillante luz del día entró a raudales.

Rápidamente, el doctor Francis salió a una pequeña plataforma de metal que sobresalía de la parte superior de una enorme cúpula blanca recubierta de amianto. A quince metros por encima de ella se alzaba el techo de un gran hangar. Un laberinto de caños y cables atravesaba la superficie de la cúpula, entrelazándose como los vasos sanguíneos de un gigantesco ojo congestionado, y una angosta escalera permitía el descenso al piso. La cúpula completa, de unos cuarenta y cinco metros de diámetro, giraba lentamente. Al otro extremo del hangar había cinco camiones detenidos junto a los depósitos, y un hombre de uniforme marrón lo saludó con la mano desde una de las oficinas de paredes de vidrio.

Cuando llegó al pie de la escalera, saltó al piso del hangar, ignorando las miradas curiosas de los soldados que descargaban los camiones. A mitad de camino estiró el cuello para mirar la masa giratoria de la cúpula. Un lienzo negro, perforado, de quince metros cuadrados, que semejaba un fragmento de planetario, colgaba del techo por encima de la cúspide de la cúpula, con una cámara de TV directamente por debajo de él, y una gran esfera de metal a un metro y medio de las lentes. Una de las sogas de sostén se había cortado, y el lienzo estaba ligeramente caído hacia un lado, revelando un pasadizo que corría por el medio del techo.

Le señaló el problema a un sargento de mantenimiento, mientras se entibiaba las manos en una de las salidas de ventilación de la cúpula.

- Tendrá que volver a atar esa cuerda. Algún tonto andaba por el pasadizo, proyectando su sombra directamente sobre el modelo. Lo pude ver con claridad en la pantalla de TV. Afortunadamente, nadie más lo vio.

- Muy bien, doctor, me ocuparé de eso - rió entre dientes, con amargura -. Sin embargo, hubiera sido gracioso. Les hubiéramos dado algo para preocuparse de verdad.

El tono del hombre fastidió a Francis.

- Ya tienen mucho de qué preocuparse, tal como están.

- No lo sé, doctor. Alguna gente de aquí piensa que lo tienen todo servido. Tranquilos y calentitos allí adentro, sin otra cosa que hacer más que sentarse y escuchar los ejercicios hipnóticos -. El hombre paseó una mirada desolada por el aeropuerto abandonado que se extendía hasta la fría tundra que rodeaba el perímetro, y se levantó el cuello.

- Nosotros - dijo - los muchachos de la Madre Tierra somos los que hacemos todo el trabajo. Sí necesita algún otro cadete para el espacio, doctor, no se olvide de mí.

Francis se las arregló para sonreír, y entró en la oficina de control, esquivando a los empleados sentados ante las mesas de caballete, frente a las gráficas de evolución. Cada una de éstas ostentaba el nombre de uno de los pasajeros de la cúpula y un análisis tabulado de su evolución en los tests psicométricos y en los programas de condicionamiento. Otras gráficas consignaban las órdenes del día, que eran copia de las que Matthias Granger había despachado esa mañana.

En la oficina del coronel Chalmers, Francis se sentó con gratitud en el tibio ambiente, describiendo los rasgos sobresalientes de sus observaciones diarias.

- Querría que pudiera entrar ahí y moverse entre ellos, Paul - concluyó -. No es lo mismo que espiarlos a través de las cámaras de TV. Tiene que hablarles, enfrentarse con gente como Granger y Peters.

- Tiene razón, son hombres muy interesantes, como todos los demás. Lástima que estén desperdiciados allí.

- No están desperdiciados - insistió Francis -. Cada dato será inmensamente valioso cuando parta la primera nave.

Ignoró el murmullo de Chalmers: «Si es que parte», y continuó:

- Zenna y Abel me preocupan un poco. Creo que será necesario adelantar la fecha de su matrimonio. Sé que muchos lo desaprobarán, pero la joven está tan madura ahora, a los quince años, como lo estará dentro de cuatro años. Además ejercerá una influencia beneficiosa sobre Abel, le impedirá que piense demasiado.

Chalmers sacudió la cabeza, dudando.

- Parece una buena idea... ¿pero una chica de quince con un muchacho de dieciséis? Provocará una explosión, Roger. Técnicamente, son menores bajo tutela, todas las ligas de la decencia se alzarán en armas.

Francis, fastidiado, hizo una mueca.

- ¿Tienen necesidad de enterarse? Tenemos un verdadero problema con Abel, el muchacho es demasiado inteligente. Casi había deducido por sí solo que la Estación es una nave espacial, simplemente que carecía del vocabulario para describirlo. Ahora que comenzamos a

levantar los bloques de condicionamiento, querrá saberlo todo. Será arduo impedir que sospeche que hay gato encerrado, especialmente por la negligencia con que funciona este lugar. ¿Vio la sombra en la pantalla de TV? Fue una condenada suerte que Peters no sufriera un ataque cardíaco.

Chalmers asintió.

- Ya he solucionado eso. Es lógico que se cometan algunos errores, Roger. La tripulación de control que trabaja alrededor de la cúpula tolera este condenado frío. Trate de recordar que la gente de afuera es tan importante como la que está adentro.

- Por supuesto. El verdadero problema es que el presupuesto está absurdamente descatolizado. Solo lo revisaron una vez en cincuenta años. Tal vez el general Short pueda despertar el interés oficial, conseguirnos un nuevo presupuesto. Parece un tipo muy activo.

Chalmers frunció la boca, como si dudara, pero Francis prosiguió:

- No sé si las cintas se habrán desgastado, pero el condicionamiento negativo no funciona tan bien como antes. Probablemente tengamos que corregir los programas. He comenzado por aumentar la graduación para Abel.

- Sí, lo vi en la pantalla de aquí. Los muchachos de control de aquí al lado se fastidiaron bastante. Uno o dos de ellos son tan entusiastas como usted, Roger, han estado programando con tres meses de anticipación. Lo que usted hizo significa para ellos que han malgastado su tiempo. Creo que debería consultar conmigo antes de tomar decisiones como ésta. La cúpula no es su laboratorio privado.

Francis aceptó la reprimenda.

- Lo siento - dijo sin convicción - fue una de esos decisiones de emergencia. No podía hacer otra cosa.

Con suavidad, Chalmers reprobó el argumento.

- No estoy tan seguro - dijo -. Creo que exageró bastante el aspecto de la duración del viaje. ¿Por qué se salió de lo programado para decirle que jamás llegará a otro planeta? Eso solo sirve para aumentar su sentimiento de aislamiento, haciéndonos más difíciles las cosas en caso de que decidamos acortar el viaje.

Francis lo miró con sorpresa.

- ¿Pero no hay probabilidades de que eso suceda, verdad?

Chalmers hizo una pausa y quedó pensativo.

- Roger, de verdad le recomiendo que no se comprometa demasiado con el proyecto. Repítase a sí mismo que ellos no viajan a Alfa del Centauro. Están aquí, en la Tierra, y si el gobierno lo dispusiera, los dejarían salir mañana mismo. Sé que la corte tendría que sancionarlo, pero esa es solo una formalidad. Hace cincuenta años que se inició este proyecto y un gran número de personas influyentes sienten que ha seguido adelante durante demasiado tiempo. Más aún desde que los fracasados programas espaciales de las colonias de Marte y de la Luna fueron interrumpidos. Creen que el dinero se malgasta aquí, para que se entretengan algunos psicólogos sádicos.

- Usted sabe que no es cierto - dijo Francis - Puedo haber actuado apresuradamente, pero en general este proyecto ha sido escrupulosamente conducido. Sin exagerar, en caso de que se enviara una nave multigeneracional a Alfa del Centauro, no habría otra cosa que hacer más que duplicar lo que ha ocurrido aquí, hasta el último estornudo. ¡Si la información que hemos obtenido hubiera estado disponible, las colonias de Marte y de la Luna no habrían fracasado jamás!

- Cierto. Pero irrelevante. Usted no comprende: cuando todo el mundo se hallaba ansioso por ir al espacio, estaban preparados para aceptar la idea de que se encerrara a un pequeño grupo en un tanque durante cien años en especial porque la tripulación original se ofreció voluntariamente. Ahora que el interés se ha evaporado, la gente ha comenzado a sentir que hay algo obsceno en este zoológico humano; lo que comenzó como una gran aventura con el

espíritu de Colón, se ha trasformado en una espeluznante broma. De algún modo hemos aprendido demasiado: la estratificación social de las tres familias es una clase de información no muy bien recibida, que no favorece en absoluto al proyecto. Tampoco lo favorece la absoluta tranquilidad con que los hemos manipulado, haciéndoles creer todo lo que hemos querido.

Chalmers se inclinó sobre el escritorio.

- Confidencialmente, Roger, el general Short ha tomado el mando solo por una razón: para clausurar este lugar. Puede llevar años, pero le advierto que se hará. Ahora el trabajo será sacar a esa gente de allí, no mantenerlos encerrados.

Francis miró a Chalmers con fijeza, desolado.

- ¿De verdad lo cree?

- Francamente, Roger, sí. Este proyecto no debería haberse puesto en práctica jamás. No se puede manipular a la gente como lo hacemos: los interminables ejercicios hipnóticos, los forzados casamientos entre niños; fíjese en usted: hace cinco minutos pensaba seriamente en casar a dos adolescentes con el solo objeto de impedir que siguieran usando sus cerebros. Todo eso degrada la dignidad humana, todos los tabúes, el creciente grado de introspección, hay veces en que Peters y Granger no hablan con nadie durante dos o tres semanas, el modo en que la vida en la cúpula se ha hecho tolerable, aceptando una situación descabellada como si fuera normal. Creo que la reacción contra el proyecto es saludable.

Francis miró en dirección a la cúpula. Un grupo de hombres cargaba la llamada «comida comprimida» (en realidad, alimentos congelados a los que se le había quitado la etiqueta) en la escotilla de la proveeduría. La mañana siguiente, cuando Baker y su esposa digitaran el menú prestablecido, las provisiones se enviarían con rapidez, aparentemente desde la bodega de carga. Francis sabía que, para alguna gente, el proyecto podía parecer un completo fraude.

- La gente que se ofreció voluntariamente aceptó el sacrificio - dijo suavemente -. ¿Cómo se las va a arreglar Short para que salgan? ¿Abriendo la puerta y silbándoles?

Chalmers sonrió con cansancio.

- Short no es tonto, Roger. Está tan sinceramente preocupado por el bienestar de esa gente como usted mismo. La mitad de la tripulación, en especial los más viejos, se volverían locos en cinco minutos. Pero no se sienta decepcionado, el proyecto ya ha probado su valor.

- No, no hasta que «aterricen». Si el proyecto se interrumpe, el fracaso será nuestro, no de ellos. No podernos racionalizado diciendo que es cruel o desagradable. Se lo debemos a las catorce personas de la cúpula, les debemos que el proyecto siga funcionando.

Chalmers lo miró astutamente.

- ¿Catorce? ¿Usted quiere decir trece, no es verdad, doctor? ¿O usted también está en el interior de la cúpula?

La nave había dejado de rotar. Sentado en Comando ante su escritorio, planeando los ejercicios de simulacro de incendio del día siguiente, Abel advirtió la súbita ausencia de movimiento. Durante toda la mañana, mientras caminaba por la nave - ya no usaba más el término Estación - había advertido una fuerza que lo atraía hacia adentro, como sí tuviera una pierna más corta que la otra.

Cuando se lo mencionó a su padre, éste solo le respondió:

- El capitán Peters está a cargo de Control. Deja que él se preocupe de lo concerniente a la navegación.

Esta clase de consejo no significaba nada para Abel. Durante los dos meses anteriores, su mente había atacado vorazmente todo lo que había a su alrededor, explorando y analizando examinando cada faceta de la vida en la Estación. Un enorme vocabulario - antes suprimido - de términos y relaciones abstractas subyacía en latencia debajo de la superficie de su mente, y nada le impediría aplicarlo.

Durante la comida, interrogó sin pausa a Matthew Peters acerca de la ruta de vuelo de la nave, la gran parábola que los llevaría a Alfa del Centauro.

- ¿Qué sucede con las corrientes que se originan dentro de la nave? - preguntó -. La rotación estaba destinada a eliminar los polos magnéticos producidos con la construcción original de la nave, ¿Cómo va a compensar eso?

Matthew, parecía perplejo.

- En realidad, no estoy seguro. Probablemente los instrumentos se compensen en forma automática.

Se encogió de hombros ante la sonrisa escéptica de Abel.

- De todos modos - agregó el capitán - mi padre lo sabrá mejor que yo. No hay duda de que estamos en el curso correcto.

- Eso espero - murmuró Abel para sí. Mientras más interrogaba Abel a Matthew acerca de los procedimientos de navegación que él y su padre llevaban a cabo en Control, más obvio aparecía que su función era realizar verificaciones ordinarias de instrumentos, y que su papel se limitaba a remplazar las luces quemadas de los pilotos. La mayor parte de los instrumentos funcionaban automáticamente, así que el capitán y su padre bien podrían haber estado observando consolas repletas de lana de colchón.

¡Qué gran burla si era cierto!

Sonriendo para sí, Abel advirtió que lo que había pronunciado no era, probablemente, más que la verdad. Era poco probable que la navegación se confiara a la tripulación, ya que el más ínfimo error humano podía hacer que la nave se descontrolara irremisiblemente, lanzándose contra alguna estrella fugaz. Los que planearon la nave habían sellado los pilotos, poniéndolos fuera del alcance de la tripulación, a la que habían confiado algunas tareas livianas de supervisión que creaban una ilusión de control.

Esa era la verdadera clave de la vida a bordo de la nave. Ninguna de las funciones de los pasajeros tenía la jerarquía que aparentaba tener. La programación de cada día, de cada minuto, que él y su padre llevaban a cabo era meramente una serie de variaciones de un esquema prestablecido; las permutaciones posibles eran infinitas, pero el hecho de que pudiera enviar a Matthew Peters a la comisaría a las 12 en vez de a las 12:30, no le confería ningún poder real sobre la vida de Matthew. Los programas maestros impresos por las computadoras seleccionaban los menús del día, los ejercicios de seguridad y los períodos de recreación, y una lista de nombres para elegir, pero el pequeño margen de elección permitido, los dos o tres nombres extra, eran solo en caso de enfermedad, no para ofrecer a Abel ningún tipo de libertad de elección.

Algún día, se había prometido Abel, se programaría a sí mismo para revertir las sesiones de condicionamiento. Astutamente, adivinó que el condicionamiento aún bloqueaba mucho material interesante, que la mitad de su mente seguía sumergida. Algo de lo que sucedía en la nave le sugería que...

- Hola, Abel, pareces estar muy abstraído - el doctor Francis se sentó a su lado -. ¿Qué te preocupa?

- Solo estaba calculando algo - explicó Abel con rapidez -. Dígame, suponiendo que cada miembro de la tripulación consuma alrededor de un kilo y medio de alimentos diarios, es decir aproximadamente media tonelada por año, el peso total de la carga debería ser de unas 800 toneladas, sin contar los suministros para después del aterrizaje. Debería haber alrededor de 1.500 toneladas a bordo. Un peso considerable.

- No en términos absolutos, Abel. La Estación es solo una pequeña fracción de la nave. Los reactores principales, los depósitos de combustible y las bodegas pesan en conjunto más de 30.000 toneladas. Ellos producen la atracción gravitacional que te sujeta al suelo.

Abel sacudió lentamente la cabeza.

- Difícilmente, doctor. La atracción debe provenir de los campos gravitacionales estelares, o el peso de la nave debería ser de alrededor de 6×10^{20} toneladas.

El doctor Francis miró pensativamente a Abel, consciente de que el joven le había tendido una trampa muy simple. La cifra que había citado era casi la masa de la Tierra.

- Son problemas muy complejos, Abel. Yo no me preocuparía demasiado por la mecánica estelar. Es responsabilidad del capitán Peters.

- No intento usurpársela - le aseguró Abel - sino simplemente extender mis conocimientos. ¿No cree que valdría la pena apartarse un poco de las reglas? Por ejemplo, sería interesante comprobar los efectos del aislamiento continuo. Podríamos seleccionar un grupo pequeño, someterlo a estímulos artificiales, incluso encerrarlos aparte del resto de la tripulación y condicionarlos para que crean que están de regreso en la Tierra. Podría ser un experimento realmente valioso, doctor.

Mientras esperaba en la sala de conferencias que el general Short concluyera su discurso de apertura, Francis se repitió la última oración, preguntándose ociosamente qué hubiera pensado Abel, con su ilimitado entusiasmo, del círculo de rostros derrotados que rodeaba la mesa.

«...lamento tanto como ustedes, caballeros, la necesidad de interrumpir el proyecto. Sin embargo, ahora que la decisión proviene del Departamento Espacial, es nuestro deber implementarla. Por supuesto, la tarea no será fácil. Lo que necesitamos es un lento repliegue, una readaptación gradual de la tripulación que los hará descender a la Tierra con tanta suavidad como un paracaídas»

El general era un hombre brusco, de rostro agudo, de alrededor de cincuenta años, con una espalda poderosa pero ojos sensibles. Se volvió hacia el doctor Kersh, responsable de los controles dietéticos y biétricos a bordo de la cúpula.

- Por lo que me dice, doctor, es probable que no tengamos tanto tiempo como desearíamos. El joven Abel parece ser un problema serio.

Kersh sonrió.

- Estaba observando la comisaría cuando oí sin querer que Abel le decía al doctor Francis que le agradaría hacer un experimento con un pequeño grupo de tripulantes. Un ejercicio de aislamiento, créase o no. Ha calculado que los dos tripulantes de proa podrían estar aislados durante dos años o más antes de que sea necesario reabastecerlos.

El capitán Sanger, a cargo del control técnico, añadió:

- También ha estado tratando de evitar sus sesiones de condicionamiento. Ha usado unos tapones de algodón debajo de los audífonos, perdiendo así el noventa por ciento de la voz subsónica. Lo advertimos cuando registrarnos la cinta de su electrocardiograma, y vimos que no había ondas alfa. Primero pensamos que el cable se habría cortado, pero cuando hicimos una verificación visual en la pantalla, vimos que tenía los ojos abiertos. No estaba escuchando.

Francis tamborilleó sobre la mesa.

- No tiene importancia - dijo -. Era una secuencia de instrucción matemática, el sistema antilogarítmico de cuatro cifras.

- Me alegra que lo haya perdido - dijo Kersh con una carcajada -. Tarde o temprano averiguará que la cúpula viaja en una órbita elíptica a 93 millones de millas de una estrella enana de la clase espectral G.

- ¿Qué hace usted ante este intento de evadir el condicionamiento, doctor Francis? - preguntó Short.

Cuando Francis se encogió de hombros vagamente, Short agregó:

- Creo que debernos considerar el asunto con mayor seriedad. De ahora en adelante, nos atendremos a lo programado.

- Abel retomará el condicionamiento - dijo Francis sin entusiasmo -. No hay necesidad de hacer nada. Sin un contacto diario y regular, pronto se sentirá perdido. La voz subsónica está compuesta por los tonos vocales de su madre; cuando no la escuche más, se sentirá desorientado, completamente abandonado.

Short asintió con lentitud.

- Bien, esperemos que así sea.

Se dirigió al doctor Kersh.

- En términos generales, doctor, ¿en cuánto tiempo calcula que podremos traerlos de regreso? Considerando que deberá darles completa libertad, y que todas las cadenas periodísticas y televisivas los entrevistarán cien veces.

Kersh eligió con cuidado sus palabras.

- Obviamente, será una cuestión de años, general. Todos los ejercicios de condicionamiento deberán revertirse en forma gradual, tal vez tengamos que introducir una colisión con un meteoro para suplir alguna deficiencia... yo diría que de tres a cinco años. Tal vez más.

- Muy bien. ¿Y cuál es su cálculo, doctor Francis?

Francis jugó nerviosamente con su secante, tratando de considerar la pregunta con seriedad.

- No tengo idea. Traerlos de regreso. ¿Qué quiere decir, general? ¿Traer de regreso qué? Irritado, espetó:

- Cien años.

Las risas invadieron la mesa, y Short le sonrió amistosamente.

- Eso sería el doble del proyecto original, doctor. Su trabajo allí no debe haber sido muy bueno.

Francis sacudió negativamente la cabeza.

- Está equivocado, general. El proyecto original era que llegaran a Alfa del Centauro. No se dijo nada de traerlos de regreso.

Cuando las risas se disiparon, Francis se maldijo por su torpeza: fastidiando al general no ayudaría a la tripulación de la cúpula.

Pero Short parecía impasible.

- Muy bien - dijo - es obvio que llevará algún tiempo.

Y echando una mirada a Francis, añadió mordazmente.

- Debemos pensar en los hombres y mujeres de la nave, no en nosotros; si necesitamos cien años, esperaremos cien años, ni uno menos. Tal vez les interese saber que el Departamento Espacial cree que serán necesarios quince años. Como mínimo.

Hubo un revuelo de interés alrededor de la mesa. Francis miró a Short con sorpresa. Muchas cosas podían suceder en quince años, incluso la opinión pública podía volver a favorecer los viajes espaciales.

- El Departamento recomienda que continuemos con el proyecto como antes, con cualquier disminución presupuestaria que podamos hacer, detener la cúpula es solo el comienzo y que condicionemos a la tripulación para que crean que han comenzado el regreso, que su misión ha sido meramente de reconocimiento, y que traen información vital de regreso a la Tierra. Cuando desciendan de la nave, se los tratará como héroes, y aceptarán la extrañeza del mundo que los rodea.

Short paseó se mirada alrededor de la mesa, esperando que alguien respondiera. Kersh se miraba las manos con expresión dudosa, y Sanger y Chalmers jugaban mecánicamente con sus secantes.

Cuando Short estaba a punto de proseguir, Francis se rehizo, advirtiendo que se enfrentaba con su última oportunidad de salvar el proyecto. Aunque los demás no estaban de acuerdo con Short, nadie intentaría discutir con él.

- Mucho me temo que eso no servirá, general - dijo Francis - aunque de todos modos aprecio la previsión del Departamento y su comprensivo punto de vista. El plan que usted ha delineado parece plausible, pero no funcionará.

Francis se inclinó hacia adelante, y prosiguió, con voz precisa y controlada.

- General, esta gente ha sido entrenada desde la infancia para aceptar la idea de que formaban un grupo cerrado, y que jamás tendrían contacto con ninguna otra persona. A nivel inconsciente, a nivel de sus sistemas nerviosos funcionales, no existe nadie más en el mundo; para ellos, la base sistémica de la realidad es el aislamiento. Jamás conseguirá entrenarlos para que inviertan todo su universo, tal como jamás conseguirá enseñarle a volar a un pez. Si usted trata de interferir con los esquemas de sus psiquis, producirá la misma clase de bloqueo mental absoluto que se aprecia al tratar de enseñarle a un zurdo a usar su mano derecha.

Francis echó una mirada al doctor Kersh, que asentía.

- Créame, general, contrariamente a lo que usted y el Departamento Espacial suponen, la gente de la cúpula no quiere salir. Si les dieran a elegir, preferirían quedarse allí, del mismo modo que un pececito prefiere quedarse en la pecera.

Short hizo una pausa antes de replicar, evidentemente para evaluar a Francis.

- Tal vez esté en lo cierto, doctor - admitió -. ¿Pero a qué nos conduce eso? Tenemos solo quince años, tal vez veinticinco.

- Hay una única posibilidad - explicó Francis deje que el proyecto continúe, exactamente como antes, pero con una diferencia: impídales que se casen y tengan hijos. Dentro de veinticinco años, solo quedará con vida la actual generación joven, y en cinco años más todos estarán muertos. El promedio de vida en la cúpula es apenas superior a los 45 años. A los 30, Abel será probablemente un viejo. Cuando comiencen a morir, nadie se preocupará ya por ellos.

Hubo más de medio minuto de silencio, y luego Kersh habló.

- Es la mejor sugerencia, general - dijo -. Es humanitaria, y al mismo tiempo satisface el proyecto original y las órdenes del Departamento. La ausencia de niños sería solo una ligera desviación del condicionamiento. El aislamiento básico del grupo se intensificaría, en vez de disminuir, así como la conciencia de que ellos jamás llegarán a ver el descenso en otro planeta. Si eliminamos los ejercicios pedagógicos y le restarnos importancia al vuelo espacial, pronto se trasformarán en una pequeña comunidad cerrada, no muy diferente de cualquier otro grupo aislado en vías de extinguirse.

- Otra cosa, general - interrumpió Chalmers -. Sería mucho más sencillo, y también más barato, si pudiéramos ir clausurando progresivamente la nave a medida que murieran los tripulantes, hasta que finalmente, no quedara más que una cubierta habilitada, incluso unas pocas cabinas.

Short se puso de pie y caminó hasta la ventana, mirando a través de los vidrios cargados de escarcha, en dirección a la gran cúpula en el interior del hangar.

- Suena como una perspectiva terrible - comentó - Completamente descabellada. Aunque como dicen, puede ser la única salida.

Moviéndose sigilosamente entre los caminos estacionados en el hangar en sombras, Francis se detuvo un momento para mirar las ventanas iluminadas de las oficinas de control, donde dos o tres miembros del personal nocturno vigilaban la hilera de pantallas de TV, ellos también semidormidos mientras observaban a los dormidos ocupantes de la cúpula.

Francis salió de las sombras y corrió hacia la cúpula, subiendo la escalera que conducía al punto de acceso, nueve metros más arriba. Abriendo la escotilla exterior, entró gateando y la cerró a sus espaldas, luego destrabó la cerradura del acceso interno y salió del cilindro de dormir para emerger en su cabina silenciosa.

Una sola luz amortiguada brilló en la pantalla del monitor de TV cuando reveló a los tres empleados de la oficina de control, reclinados en medio de una bruma de humo de cigarrillos a dos metros de la cámara.

Francis aumentó el volumen del intercomunicador, luego lo golpeó fuertemente con los nudillos.

Con la chaqueta desabotonada, los ojos aún nublados por el sueño, el coronel Chalmers se inclinó hacia adelante en la pantalla, con sus asistentes detrás de él.

- Créame, Roger, no está probando nada. El general Short y el Departamento no reconsiderarán su decisión, en especial ahora que se ha sancionado una ley especial de autorización.

Como Francis lo miró escépticamente, añadió:

- Lo único que conseguirá será ponerlos en peligro.

- Me arriesgaré - dijo Francis -. Demasiados convenios se han roto en el pasado. Aquí podré vigilar las cosas de cerca.

Trató que su voz sonara fría y desapasionada; las cámaras estarían registrando la escena y era importante producir una impresión adecuada. El general Short sería el más interesado en evitar el escándalo. Si decidía que no era probable que Francis saboteara el proyecto, tal vez lo dejara permanecer en la cúpula.

Chalmers buscó una silla; y en su rostro había una expresión grave.

- Roger, tómese un poco de tiempo para reconsiderarlo todo. Tal vez usted sea un elemento más discordante de lo que se imagina. Recuerde, nada sería más fácil que sacarlo de allí: un niño podría abrirse paso a través del casco oxidado con un abrelatas romo.

- No lo intente - le advirtió Francis con tranquilidad -. Voy a trasladarme a la Cubierta C, así que si vienen a buscarme, todos lo sabrán. Créame, no trataré de interferir con los planes de clausura. Y no programaré ningún matrimonio entre adolescentes. Pero creo que la gente de aquí me necesitará por más de ocho horas diarias.

- ¡Francis! - dijo Chalmers -. ¡Una vez que entre no volverá a salir jamás! ¿No se da cuenta de que se está enterrando en una situación totalmente irreal? Se está encerrando deliberadamente en una pesadilla, lanzándose en un viaje sin retorno a ninguna parte.

Secamente, antes de apagar por última vez el aparato, Francis replicó:

- A ninguna parte no, coronel: a Alfa del Centauro.

Sentándose en la estrecha litera de su cabina con un sentimiento de agradecimiento, Francis descansó un momento antes de encaminarse a la comisaría. Durante todo el día había estado cifrando las cintas perforadas de la computadora para Abel, y los ojos le ardían por el esfuerzo que significaba haber estampado manualmente cada una de las miles de perforaciones. Durante ocho horas había estado sentado sin interrupción en la pequeña celda de aislamiento, con electrodos sujetos a su pecho, codos y rodillas, mientras Abel medía sus ritmos respiratorio y cardíaco.

Los tests no guardaban ninguna relación con los programas diarios que ahora Abel hacía para su padre, y a Francis le estaba resultando difícil conservar la paciencia. Inicialmente, Abel había comprobado su habilidad para seguir un conjunto de instrucciones prescritas, produciendo una función exponencial infinita, luego una representación digital de pi elevado a miles de potencias, por fin, Abel lo había persuadido de que cooperara en un test más difícil: la tarea de producir una secuencia totalmente arbitraria. Cada vez que repetía en forma inconsciente una progresión simple, como sucedía cuando estaba fatigado o aburrido, o un posible fragmento de una progresión mayor, la computadora que controlaba sus progresos hacía sonar una alarma en el escritorio y él debía recomenzar. Después de unas pocas horas, el zumbador roncaba cada diez segundos, mordiéndolo como un insecto malhumorado. Finalmente, Francis había tropezado hasta la puerta, enredándose con los cables de los

electrodos, para descubrir con fastidio que la puerta estaba cerrada con llave (ostensiblemente, para prevenir una interrupción de las patrullas contra incendios). Luego, a través de la pequeña tronera, vio que la computadora del cubículo exterior funcionaba sin que nadie la controlara.

Pero cuando los violentos golpes de Francis alertaron a Abel, que se hallaba en el otro extremo del laboratorio continuo, el muchacho se había mostrado irritable con el doctor por querer interrumpir el experimento.

- Maldición, Abel, hace ya tres semanas que estoy perforando estas cosas.

Hizo un gesto de dolor cuando Abel lo desconectó, arrancando bruscamente las cintas adhesivas.

- Tratar de producir secuencias arbitrarias no es nada sencillo; mi sentido de la realidad comienza a evaporarse. (A veces se preguntaba si Abel no esperaría secretamente que esto sucediera). Creo que me merezco tu agradecimiento.

- Pero, doctor, habíamos convenido que la prueba duraría tres días - señaló Abel -. Sólo después de ese plazo empiezan a aparecer los resultados valiosos. Lo más interesante son los errores que usted comete. El experimento ya no tiene sentido.

- Bien, probablemente jamás lo haya tenido. Algunos matemáticos sostenían que es imposible definir una secuencia arbitraria.

- Pero podemos suponer que sí es posible - insistió Abel -. Solo estaba permitiéndosela que practicara antes de que empezáramos con los números trasfinitos.

En este punto Francis se rebeló.

- Lo siento, Abel. Tal vez ya no esté en las mismas condiciones que antes. Y de todos modos, tengo otros deberes que cumplir.

- Pero no le llevan mucho tiempo, doctor. Realmente, ahora no tiene nada que hacer.

Tenía razón, y Francis se vio forzado a admitirlo. En el año que había pasado en la cúpula, Abel había simplificado notablemente la rutina diaria, suministrando a Francis y a sí mismo un exceso de tiempo libre, en particular porque el doctor jamás iba a condicionamiento. (Francis temía a las voces subsónicas. Chalmers y Short intentarían sacarlo sutilmente, tal vez demasiado sutilmente).

La vida a bordo había sido para él una carga mayor que lo que había previsto. Encadenado a las rutinas de la nave, limitado en sus recreaciones y con escasos pasatiempos -no había libros a bordo- le resultaba cada vez más difícil conservar su antiguo buen humor, comenzaba a hundirse en el mortífero letargo que había invadido a la mayor parte de los miembros de la tripulación. Matthias Granger se había retirado a su cabina, satisfecho de dejar la programación en manos de Abel, y pasaba el tiempo jugando con un reloj descompuesto, en tanto que los dos Peters apenas si salían de Control. Las tres esposas eran completamente inertes, y se sentían satisfechas de tejer y murmurar acerca de las otras. Los días pasaban imperceptiblemente. A veces, Francis se decía a sí mismo con ironía que casi creía estar en camino hacia Alfa del Centauro. ¡Esa sí que hubiera sido una broma para el general Short!

A las 6:30, cuando fue a la comisaría para su comida vespertina, descubrió que había llegado con quince minutos de retraso.

- Esta tarde cambió el horario de su comida - le dijo Baker, cerrando la escotilla -. No tengo nada preparado para usted.

Francis comenzó a protestar, pero el hombre no cedió.

- No puedo alterar los horarios de la nave solo porque usted no miré las Ordenes de Rutina, ¿no es cierto, doctor?

Cuando salía, Francis se encontró con Abel, y trató de convencerlo de que diera una contraorden.

- Podrías haberme avisado, Abel. Maldición, he estado toda la tarde metido en tu equipo de experimentos.

- Pero usted volvió a su cabina, doctor - señaló suavemente Abel -. Para llegar allí desde el laboratorio, tiene que haber pasado frente a tres avisos de OER. Recuerde que debe mirarlos siempre. En cualquier instante se pueden producir cambios de último momento. Mucho me temo que ahora deberá esperar hasta las 10:30.

Francis regresó a su cabina, sospechando que el súbito cambio no había sido más que una venganza de Abel por haber interrumpido el experimento. Tendría que mostrarse más conciliador con Abel, el joven podría convertir su vida en un infierno, matarlo literalmente de hambre. Ahora era imposible escapar de la cúpula: había una sentencia de 20 años de prisión para todo el que entrara sin autorización en la nave simulada.

Después de descansar alrededor de una hora, salió a las 8 de su cabina para cumplir con sus verificaciones habituales de los obturadores de presión ubicados junto a la Pantalla de Meteoros de la Cubierta B. Siempre fingía leerlos, disfrutando de la sensación de participar en un viaje espacial que este ejercicio le producía, aceptando deliberadamente la ilusión.

Los obturadores estaban montados en el punto de control situado a un intervalo de diez metros del comienzo del corredor perimetral, un angosto pasadizo que rodeaba al corredor principal. Solo allí, escuchando el sonido breve y zumbante de los servomecanismos, se sintió en paz dentro del vehículo espacial. «La Tierra misma está en órbita alrededor del Sol», meditó mientras verificaba los obturadores, «y todo el Sistema Solar se mueve a 40 millas por segundo en dirección a la constelación de Lyra. El grado de ilusión existente es una compleja cuestión.»

Algo interrumpió su ensoñación.

El indicador de presión oscilaba ligeramente. La aguja se movía entre 0,001 y 0,0015 psi. La presión interior de la bóveda era ligeramente superior a la atmosférica, con el objeto de que el polvo pudiera ser expelido a través de grietas refractarias (aunque el objeto principal de los obturadores de presión era poner a la tripulación a buen recaudo en los cilindros de emergencia a prueba de vacío en caso que la cúpula fuera dañada y se necesitara realizar reparaciones desde el interior).

Por un momento Francis sintió pánico, y se pregunta si finalmente Short habría decidido venir a buscarlo: la lectura que había hecho indicaba que, por insignificante que fuera, se había abierto un brecha en el casco. Luego el indicador volvió a cero, y se oyeron pasos que resonaban en el corredor radial, acercándose en ángulo recto más allá de la siguiente mampara.

Rápidamente, Francis se ocultó en las sombras. Antes de morir, el viejo Peters había pasado mucho tiempo vagando misteriosamente por ese corredor, tal vez ocultando algunos víveres detrás de los paneles oxidados.

Se inclinó hacia adelante cuando los pasos cruzaron el corredor.

¿Abel?

Miró cómo el joven desaparecía al bajar una escalera, luego se internó en el corredor radial, palpando el revestimiento gris, en busca de algún panel retráctil. Inmediatamente contigua a la pared terminal del corredor, contra la pared exterior de la cúpula, había una pequeña cabina de control de incendios.

Había un mechón de fibras blanco-pizarra en el piso de la cabina.

¡Fibras de amianto!

Francis entró a la cabina, y en unos pocos segundos localizó un panel flojo que había perdido sus oxidados remaches. Era un rectángulo de veinticinco centímetros por quince, y se deslizó con facilidad. Más allá estaba la pared exterior de la cúpula, al alcance de la mano. Allí también había una plancha floja, mantenida en posición por un tosco gancho.

Francis vaciló, luego levantó el gancho y retiró el panel.

¡Estaba mirando directamente hacia el hangar!

Abajo, una hilera de camiones estaba descargando suministros sobre el piso de cemento a la luz de un par de reflectores, un sargento gritaba órdenes al escuadrón de trabajo. A la derecha estaban las oficinas de control, Chalmers cumplía en su oficina el turno de la noche.

El agujero estaba directamente por debajo de la escalera, y los sobresalientes peldaños metálicos lo ocultaban de los hombres del hangar. Las fibras de amianto habían sido deshilachadas cuidadosamente para que ocultaran el panel retráctil. El gancho de alambre estaba tan oxidado como el resto del casco, por lo que Francis calculó que la ventana habría estado en uso durante más de treinta o cuarenta años.

De modo que era prácticamente seguro que el viejo Peters había mirado regularmente a través de la ventana, y sabía a la perfección que la nave espacial era un mito. No obstante, había permanecido a bordo, advirtiendo tal vez que la verdad destruiría a los demás, o había preferido ser capitán de una nave artificial antes que exponerse como una curiosidad en el mundo exterior.

Presumiblemente, había trasmitido el secreto. No a su taciturno y desolado hijo, sino a la única otra mente ágil, a la que guardaría el secreto y lo aprovecharía al máximo. Por sus propios motivos, él también había decidido permanecer en la cúpula, advirtiendo que pronto sería el único capitán real, y que estaría libre para proseguir sus experimentos de psicología aplicada. Incluso era probable que no hubiera percibido que Francis no era un verdadero miembro de la tripulación. Su confiado manejo de los programas, su pérdida de interés por los procedimientos de control, su despreocupación acerca de los dispositivos de seguridad, todo señalaba algo...

¡Abel sabía!